XI ANTOLOGÍA · COSMOLECTORES

Lo que el río no devuelve



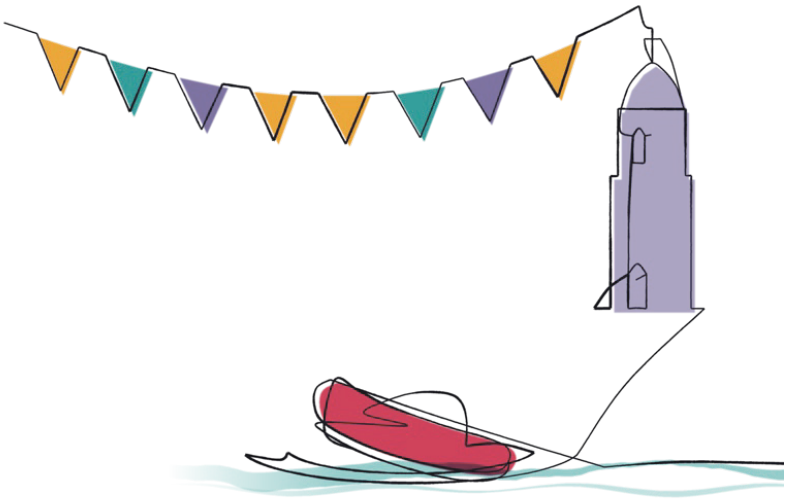
CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS ARTBOL

Fundación Artística Cantemos · Fusagasugá, 2026



XI ANTOLOGÍA · COSMOLECTORES

Lo que el río no devuelve



CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS ARTBOL

Fundación Artística Cantemos · Fusagasugá, 2026

XI Antología COSMOLECTORES
Lo que el río no devuelve · 2026

ISBN (impreso): 978-628-96660-2-1
ISBN (digital): 978-628-96660-3-8

Fundación Artística Cantemos Fusagasugá
NIT 900.739.859-7

Dirección general:
Henry Alberto Jiménez Cuestas

Coordinación académica:
Gina Amaya

Corrección de estilo:
Diego Fernando Jiménez

Diseño, diagramación e ilustraciones:
Fundación Cantemos

Impresión: Fundación Castellares
Tiraje: 200 ejemplares

Publicación del XIV Festival Iberoamericano de Poesía de Fusagasugá. Con el apoyo del Portafolio Departamental de Estímulos Corazonarte 2026 (IDECUT, Gobernación de Cundinamarca), del Portafolio Municipal de Estímulos «Fusagasugá Florece 2026», Secretaría de Cultura de Fusagasugá, y del Programa Nacional de Concertación Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes (Convenio C7811-2026).

Los derechos de cada texto pertenecen a sus autores.
Los textos de menores de edad se publican con autorización escrita de sus acudientes. Distribución gratuita.
Prohibida su venta.

Corazonarte PORTAFOLIO DEPARTAMENTAL DE ESTÍMULOS
PME2026 PORTAFOLIO MUNICIPAL DE ESTÍMULOS
Culturas
Fundación Cantemos FUSAGASUGÁ

Contenido

Presentación 5

Instituto Técnico Industrial de Fusagasugá 9

Juan David Flórez Marentes 11
Ana María Sáenz Parra 14
Nicoll Chiguasuque 17
Guillermo Chitiva 20
Durley Yendary Ruiz González 22

INEM Carlos Arturo Torres, Tunja, Boyacá 25

Allison Julitza García Ortiz 26
Nikoll Dayana Barahona Rátiva 30

Escuelas Julio Sabogal y El Lucero 33

Jeondel Rafael García Lezama 35
Nikolas David Beltrán Sarmiento 37
María Paula Sanabria Tique 39

Centro de Estudios Literarios ARTBOL 41
Textos de autores adultos

Introducción 43

Poesía 45

Carlos Julio Castellanos Hincapié 47

Nancy Córdoba 52
Laura Itzel Domart 54
Tathiana Pinto 57
María del Rosario Castro Gil 59
Taller de escritura con Juan Manuel Roca 59
Gotas 59

Narrativa 63

Prefacio al taller de escritura Voces de Fuego 65
Mafe Amara 67
Rosalba Cubillos de Palencia 73
Nellyng Rodríguez Mora 76
Blanca Dora Godoy 79

Ensayo 85

Carlos Julio Castellanos Hincapié 87
Nidia Baquero 93
Laura Itzel Domart 97

Para cerrar 101

Los talleristas 103

Presentación

Esta es la undécima antología COSMOLECTORES.

Aquí hay cuatro casas. Los estudiantes de octavo del Instituto Técnico Industrial de Fusagasugá. Dos estudiantes de once del INEM Carlos Arturo Torres, de Tunja. Los niños de cuarto y quinto de la Escuela Julio Sabogal. Y los adultos que escriben en el Centro de Estudios Literarios ARTBOL.

Nadie escribió para salir en una foto. Hubo taller, hubo lectura, hubo corrección y, en varios casos, hubo segunda versión. Eso es lo que separa un ejercicio escolar de un texto: que alguien volvió sobre él.

La corrección arregló la forma y quitó lo que sobraba. La voz es de cada autor. Si un estudiante escribe «la porra», el libro dice «la porra».

Hay de todo. Brujas y vampiros en Fusagasugá de las Piedras. Una chancla que se volvió famosa en Barbosa. Un abuelo que lleva el mar dentro de un bastón. Cartas a un muerto que no se dejan de escribir. Una ciudad después del terremoto. Un punto azul fotografiado a seis mil millones de kilómetros. Y la guerra, que no falta, porque este es el país que nos tocó.

Este libro se publica dentro del XIV Festival Iberoamericano de Poesía de Fusagasugá. Gracias a los

docentes que abrieron el aula. A las familias que firmaron las autorizaciones. Y a los que escribieron, que hicieron lo más difícil: dejar que otros los leyeran.

Henry Alberto Jiménez Cuestas
Director, Fundación Artística Cantemos Fusagasugá

Instituto Técnico Industrial
de Fusagasugá

Cuentos de los grados
802 y 803

Docente: Patricia Romero Sáenz



La maldición de Fusagasugá de las Piedras

Juan David Flórez Marentes
Grado 802

La pura verdad es que Fusagasugá de las Piedras era el pueblo más rezandero y camandulero de todos a la redonda. Quedaba bien lejos. Allá la gente no salía de la iglesia y vivía pegada de los santos para todo. Pero aquella tranquilidad les duró lo que dura un merengue en la puerta de una escuela. Un día cualquiera, justo cuando celebraban el santo de San Anselmo, apareció una vieja bruja forastera, dizque a vivir allá en lo alto del monte, en una choza olvidada. O eso decían las malas lenguas.

Al principio, nadie le paraba bolas a la bruja.

Igual, solo había llegado buscando ayuda, algo de comida y un lugar donde dormir. Pero los habitantes la rechazaron y la trataron de lo peor. Llena de rabia, decidió vengarse e hizo lo que sabía hacer: les lanzó un maleficio que parecía imposible de romper. Desde entonces, cada noche sufrían una oscura y extraña transformación que los dejaba medio locos.

La joda con ese embrujo era que estaba bien repartido y nadie se salvaba de ese chicharrón. Apenas se ocultaba el sol por la cordillera, el pueblo se volteaba como una media y la religión se iba para el estanco.

Todos los hombres del pueblo, desde el alcalde hasta el muchacho del mandado, se convertían de una en vampiros, con colmillos y todo, y unas ganas terribles de chupar sangre. Perdían completamente el juicio y salían por las calles a hacer de las suyas. Y las mujeres, que de día eran puras damas de la caridad que no rompían un plato, de noche se transformaban en brujas horribles que volaban en escobas por encima de los techos de teja, pegando unos chillidos que ponían los pelos de punta a cualquiera.

En medio de todo ese alboroto tan berraco, la salvación del pueblo quedó en manos de tres magos andariegos que venían viajando desde la capital y terminaron varados por esos lados. Los tres cargaban unos sombreros raros y unos báculos de madera que echaban chispas de colores. Casi les da un patatús el primer día cuando vieron semejante locura a la medianoche.

Después de revisar libros viejos de magia y patear las calles del pueblo, los magos descubrieron que todo salía de una olla de barro donde la bruja preparaba sus pócimas. Si rompían la olla, se rompía la maldición.

Así que se armaron de valor y subieron al monte. Después de una dura pelea de conjuros y polvos mágicos, le rompieron la olla. En ese instante, una enorme ráfaga de viento recorrió el pueblo y se acabó el maleficio.

Al día siguiente, los hombres y las mujeres se despertaron rendidos y con dolor de cabeza —o, como ellos lo llamaban, la porra— en las bancas de la iglesia. Ninguno se acordaba de un carajo de lo que había hecho durante aquellas noches. Poco a poco, todo volvió a la normalidad y los habitantes regresaron a sus rezos de siempre, como si nada hubiera pasado.

Desde entonces, en Fusagasugá de las Piedras nadie volvió a despreciar a una vieja bruja, por simple precaución. Y cuentan que, cuando cae la noche y el viento baja desde el cerro Tibaquí, ese de lo alto de la montaña, todavía se escucha a lo lejos una risa macabra que les recuerda que no es bueno andar juzgando a la gente por su apariencia. No vaya y sea…

Tiempo de vals

Ana María Sáenz Parra
Grado 802

Globos inflados con helio, de colores morado y azul, recorriendo el cielo. Mi esperanza era que esos globos le contaran a Maribel Ortiz lo mucho que la extraño.

Me llamo Piedad Albarracín y estoy en la Fundación Paz y Armonía, en una de las localidades de Bogotá, desde que tenía cinco años. Es una casa grande, de paredes blancas enormes en las que alguna vez quise escribir uno que otro insulto, y de pasillos largos donde se mezclan las risas y el llanto. Ahí dormimos niñas y niños de todas las edades, con historias de abandono y maltrato.

La directora y las formadoras se esfuerzan para que todo marche. La rutina no ha cambiado nunca: el almuerzo llega a tiempo y la ropa está limpia, aunque no sea mi madre la que se ocupe de esos detalles. Pero hay un vacío que ninguna comida ni ningún juguete llena: las ganas de oír un «te quiero» de mi mamá.

Aun así, entre esas paredes nacen amistades que terminan siendo la única familia que conocemos.

Los recuerdos que tengo de mi mamá son pocos. Un suéter rosado desgastado y una mano que salía de una de sus mangas, temblorosa, pero decidida a soltar mi manita. No volvió jamás. De mi padre nunca supe nada. No sé si borré a mi mamá de la memoria por odio o si fueron tantas las lágrimas que derramé

que terminaron por sacarme de la mente lo poco que recordaba de ella.

Llevo doce años aquí y ya me acostumbré a las bienvenidas y a los adioses.

Hace poco llegó Mariana, una niña delgada, de 14 años. Lo primero que hizo fue darle puños a la pared. No entendía qué hacía aquí ni por qué la habían separado de su mamá, que tanto la quería, y de sus hermanos. Todo por culpa de un dizque «adulto» incapaz de controlar sus instintos.

Como no se calmaba, una formadora la tiró al piso y la inmovilizó. Siguió gritando hasta que se cansó. Entonces me acerqué y le dije: «Mariana, cálmese; si sigue haciendo pataleta, no van a dejar que su mamá venga a verla».

Todos los sábados los papás, bueno, las mamás, vienen a visitar a sus hijos. La mamá de Mariana llegó el primer sábado que le permitieron verla y, lo confieso, sentí envidia: vi un abrazo interminable, con lágrimas y palabras cariñosas entrecortadas.

Me alegré por Mariana, claro. Pero sé que a mí nadie me va a abrazar así. Aquí soy un número más, la 219, una de las que nunca reciben visitas: era y sigo siendo huérfana.

Les voy a hablar de mi mejor amiga. Se llamaba Maribel Ortiz y llevaba aquí nueve meses. Llegó un día de lluvia, muy pálida y algo decaída. Con el tiempo se fue acomodando al lugar. Era odiosa conmigo, tanto que un día la castigaron. Fue un martes, en el almuerzo: me sacó la carne del plato. Le reclamé y nos fuimos a los golpes. Unas se pusieron de su lado; otras, del mío. Cuando las formadoras preguntaron quién había armado el alboroto, Maribel, sin mirarme siquiera, se echó la culpa. Después de que nos separaron, le pregunté:

—¿Por qué se echó la culpa?

—Si hubiera tenido una hermana, me habría gustado que fuera tan valiente como lo es usted —me dijo.

Desde entonces somos amigas.

Maribel soñaba con celebrar sus quince con la familia. No pudo: su mamá era cabeza de hogar y, por trabajar, no había cumplido con las capacitaciones y citas de psicología que le exigían, así que a Maribel no le dieron permiso de salir. Se quedó sola y aburrida.

Las formadoras, al ver su tristeza, se dieron a la tarea de celebrarles los quince a ella y a otras dos internas. Consiguieron quién donara los vestidos, el pastel y la comida.

Las tres estaban preciosas, con vestidos pomposos y coronas de princesa. Sonó «Tiempo de vals» y bailaron con los niños internos, que dormían en otra casa. Nunca vi a Maribel más feliz. Terminó la fiesta y recogimos los regueros.

A los ocho días Maribel empezó a decaer. Faltó al desayuno el martes y el miércoles. El jueves se la llevaron en una ambulancia, envuelta en su propia manta. Al despedirme, me dijo: «Gracias». Mientras estuvo en el hospital, una formadora nos contó que Maribel sufría del corazón desde niña. Yo esperaba que volviera pronto. El lunes lo supe: la cama tendida, la silla vacía en el comedor.

Le hicimos una despedida sencilla. Pintamos un mural en su honor y yo, como pude, leí unas pocas palabras.

El día que despedimos a Maribel soltamos los globos azules y morados.

Al ver los globos elevarse al cielo, me imagino que voy en uno de ellos, uno que algún día me llevará a encontrarme con ella.

Nos vemos mañana

Nicoll Chiguasuque
Grado 802

Las mañanas llegaban despacio sin traer nada nuevo. Abría los ojos y todo seguía igual: el mismo cuarto gigante, con ventanas enormes y muebles elegantes.

Pero ¿de qué me servía? Siempre estaba sola. Bajaba a desayunar en una mesa interminable, con un banquete solo para una persona. Era silencioso y frío.

Todos creían que mi vida era de ensueño. Yo pensaba lo contrario: me sentía aburrida y sola.

En las tardes me gustaba ir al campo, lleno de flores rojas y girasoles. El aire en la cara y el olor del césped me tranquilizaban.

Siempre terminaba en una capilla antigua de vitrales enormes. Tenía un estante pequeño de libros y bancos de madera, y ahí me sentaba a leer por horas.

Aquella tarde el sol atravesaba los vitrales, pintando el suelo de colores. Estaba tan metida en la lectura que no noté que había alguien en el banco de al lado: un chico de cabello negro y ojos inocentes. Tenía en las manos el mismo libro que yo. No le presté atención, pero un comentario suyo sobre el libro me sacó una sonrisa. No una fingida: una sincera.

La tarde se fue entre páginas y silencios. Los vitrales parecían más vivos.

Él se quedó ahí, acompañándome. Casi no hablamos, y por primera vez el silencio no pesaba.

Cuando el sol se estaba ocultando, cerró su libro y se fue sin decir adiós. No sé por qué, pero quería volverlo a ver.

Al día siguiente fui de nuevo y estaba ahí. Al principio no dijo nada. De pronto me pasó un libro que me encantaba. Yo nunca le había dicho cuál era.

Después me preguntó cuál era mi libro favorito, acomodándose el cabello, nervioso. Cuando se lo dije, sonrió por primera vez. Una sonrisa pequeña, pero bastó para cambiar la tarde.

Los días dejaron de ser coincidencias. Ya no necesitaba llenar el silencio: podía estar con él y ya.

Nos hicimos amigos. Intercambiábamos libros —los que yo le prestaba nunca los dejaba a la mitad— y nos entendíamos sin decir mucho.

Cuando llegaba arrastrando la mirada por el suelo, él no preguntaba nada. Se quedaba ahí, y con ver su sonrisa me bastaba.

Empecé a notar cosas que antes no me importaban: cómo me miraba, cómo me sonreía, cómo me hablaba. Y me asusté, porque cada vez me costaba más verlo solo como un amigo.

Y sí, me enamoré. Pero ¿a qué me aferraba? A unos ojos que solo me veían como una amiga más.

Entonces entendí que tenía que alejarme, no porque hubiera hecho algo malo, sino porque si me acercaba más, terminaría perdiéndolo.

No sé cuándo empezó a cambiar. Quizá los días en que no lo encontraba y la capilla se volvía fría y silenciosa.

Él notó mi cambio, mi torpeza. Un día de esos en que uno siente que algo malo va a pasar, dejó su libro sin terminar y dijo: «Nos vemos mañana». Sonó a hasta nunca.

Al día siguiente fui. Llovía. Me senté con el libro que él no terminó. Lo esperé y lo esperé. Pasaron los días, las semanas, los años. El banco de al lado aún sigue vacío.

La maleza que acecha

Guillermo Chitiva
Grado 803

En el extremo de un pueblo, donde el camino de tierra se pierde entre polvo y olvido, hay una zona a la que nadie se acerca. Ni las cabras pastan por ahí. Las mamás llaman a los niños antes de que oscurezca, y nadie pregunta por qué. Dicen que el que entra no sale. La maleza es alta y espesa, y algunos aldeanos juran que está viva o que algo acecha dentro de ella.

Una tarde llegó José, un aventurero experto en visitar lugares embrujados. Sin detenerse a preguntar ni a averiguar lo que pasaba, se fue derecho hacia la maraña. Una señora que barría el andén le gritó:

—¡Esa maleza tiene hambre, mijo!

José ni volteó. Apuró el paso.

Ya había pasado los límites de la aldea cuando sintió algo a sus espaldas. Sacó su cuchillo rápidamente, pero no había nada. Solo la maleza, que se había cerrado detrás de él sin hacer ruido. No se oía un pájaro, ni un grillo. El ambiente se volvió más pesado, como si cargara una piedra. En ese instante, un tronco gigantesco cayó y le cerró el regreso. Adelante, tampoco había camino. José se quedó alerta, cuchillo en mano.

Unas lianas empezaron a enredársele en los pies. Las cortó de un tajo. Eran afiladas como navajas: le dejaron

pequeños cortes que ardían y le inmovilizaron el pie por un momento. José retrocedió. Las ramas afiladas se acercaban despacio, como dedos. El aire se volvió espeso y empezó a oler a podrido.

Al levantar la mirada, José descubrió el origen del olor: restos de ropa y huesos humanos colgaban de lo alto, cubiertos por el musgo. Había una bota, una mochila, un sombrero de ala ancha. Y cuchillos, muchos cuchillos, oxidados, enredados entre las ramas como adornos. Corrió e intentó cortar una rama para abrirse paso. Al golpearla, el tronco vibró con una fuerza que parecía venir de la tierra misma. En un parpadeo, las raíces salieron disparadas como balas y lo atravesaron.

El cuchillo se le resbaló de la mano. Las raíces lo arrastraron hacia lo profundo, donde unos dientes enormes lo esperaban en la penumbra. La oscuridad se lo tragó hasta que no quedó rastro de él.

El silencio volvió a llenarlo todo. Solo se escuchaba el crujido de las ramas y la maleza regresando a su lugar.

Arriba, entre el musgo, una rama levantó despacio el cuchillo de José y lo colgó junto a los otros.

En el pueblo, la señora siguió barriendo.

Una noche imposible de olvidar

Durley Yendary Ruiz González
Grado 803

Era una noche fría y desolada. Bela, una chica muy ordinaria, caminaba de prisa, con miedo en los ojos.

Se culpaba por la reciente discusión con su novio, por las cosas que le había dicho. «¡Ojalá y te mueras!». Y su novio de verdad se murió unos días después. Aun así, andaba como loca de la felicidad, porque el muy sinvergüenza la había engañado con su mejor amiga.

Así duró meses, de fiesta en fiesta, festejando que este mundo se había librado de un imbécil.

Una de esas noches salió con sus amigas. La pasó de lujo, pero cuando miró la hora ya era tarde.

Salió muy borracha rumbo a su casa, porque su hermano acababa de llamarla para avisarle que su mamá le iba a llegar de sorpresa al día siguiente.

A mitad de camino se desvió hacia la tiendita de doña María, la única abierta a esas horas, y compró algo para el guayabo, porque el mundo le daba vueltas.

Cerca de su casa le pareció que la temperatura bajaba. No le hizo caso.

Luego sintió la mirada fija de algo o de alguien. Tampoco le hizo caso.

Unos pasos más adelante volteó a mirar. Una figura borrosa, llena de barro y ramas secas, tan grande como un edificio, venía hacia ella.

No se le ocurrió nada más que correr. Luego se detuvo y miró alrededor: lo único cerca era un poste de luz. Se escondió detrás.

No había más escondite. La tienda de doña María quedaba lejos y el monstruo la alcanzaría.

Ese poste de luz era su única salvación. Lo único que tenía en la vida, si es que alguna vez había tenido algo.

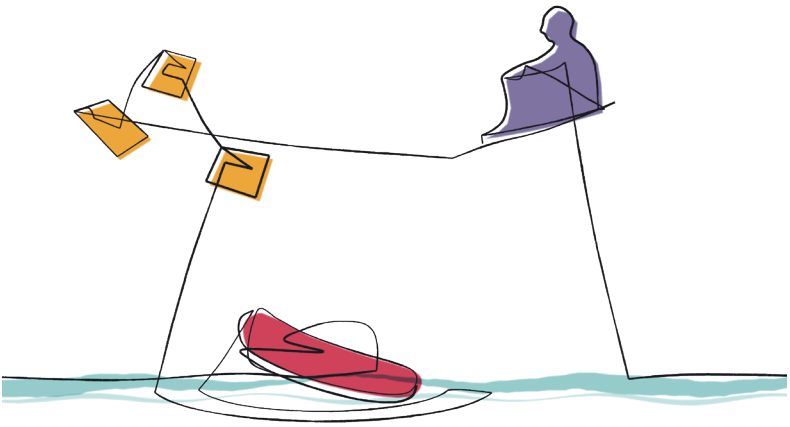
Al rato la bestia estaba tan cerca que la podía tocar. Abrió su bocota y fue directo hacia ella.

Bela gritó que, por amor a Dios, tuviera piedad de ella, que no volvería a maldecir a nadie, que perdonaba al imbécil de su novio, que de ahora en adelante sería una buena chica, pero que no se la comiera. El monstruo ni la miró: la hizo a un lado con su enorme brazo, como si fuera menos que una cucaracha. Luego se tragó el poste de un solo bocado, soltó un eructo que se escuchó a diez kilómetros a la redonda, dio media vuelta y se fue como si nada, llevándose consigo la poca luz que alumbraba la calle.

Institución Educativa INEM
Carlos Arturo Torres

Tunja, Boyacá

Grado 1106
Docente asesor: Frank Orduz



Cartas de un duelo bajo el agua

Allison Julitza García Ortiz
Grado 1106

Tunja, 3 de enero de 2020

Querido Mau:

Espero que estés bien. No sé qué escribirte ni cómo empezar. Te parecerá raro, con lo mucho que hablo, pero me quedé sin palabras.

María, mi psicóloga, dice que tengo que dejar ir la tormenta que me persigue, que tengo que dejarte ir. No es fácil.

La comida no me entraba. Si llegaba el hambre, bastaba una cucharada para que mi cuerpo la rechazara. Mi piel se volvió pálida, con un tono amarillento, como si hasta el color quisiera abandonarme. La cama no quería soltarme; mis piernas no eran lo suficientemente fuertes para levantarme. Pasaba todo el día llorándote. Me ahogaba en un pozo muy hondo, pero sin agua.

¿Sabes lo cruel que puede ser la gente cuando no sabe el dolor que carga la mente y lo cansado que está un corazón de latir cuando ya no quiere vivir? Comentan sin pensar, fingen que me entienden. Prefiero su silencio: es más honesto que esas palabras de guion mal aprendido.

Siempre he sido un alma triste, Mau. Pensé que no había nada más doloroso que la tristeza que me acompaña desde el día en que nací. Me equivoqué.

¿Puedes perdonarme? Perdóname por todo, por cada cosa. Quiero abrazarte fuerte, como si pudiera congelar el tiempo en tus brazos, pero no va a durar: en agua se convertirá.

Yuli.

Bogotá, 29 de enero de 2020

Mau:

Me di cuenta de que seguía hablando de ti como si estuvieras vivo. María dice que es la manera que tiene la mente de negar una muerte: no la deja entrar.

Aunque la lluvia fuerte del día de tu entierro murmuraba tu nombre, no la escuché. Cuando tu madre sujetó mis hombros con fuerza, vi tu mirada. Sus labios secos se negaban a tomar un vaso de agua por el rencor. Sé que está herida, y lo que me dijo era solo su dolor.

—Tú lo mataste, mataste a mi hijo, ¡es tu culpa! —me dijo, mientras golpeaba mi pecho con las manos. Aquella mujer que me recibió como a una hija ya no estaba. Cayó a mis pies mientras se lamentaba.

—Lo siento… lo siento… lo siento mucho —dije con la voz entrecortada. Sabía que ni mil perdones curarían su dolor. Me alejé y caminé por el cementerio. La lluvia me tapaba las lágrimas, como si quisiera consolarme.

¿Cómo me di cuenta? No fue de golpe, no, fue de a poco: en tu habitación vacía, en las miradas de lástima cada vez que yo te nombraba como si siguieras aquí.

María me pidió otra cosa: que escribiera la carta que tú me habrías escrito ese día en el río. Con tu voz. La voy a escribir allá, en Villanueva.

Yuli.

Villanueva, 16 de febrero de 2020

Mi querida Yuli:

El día es bello y me pregunto si el recuerdo seguirá contigo. Es un día soleado, sin una nube encima. ¿Te gustaría ir al río? Escápate conmigo. Seguro que nos iremos riendo y nos alejaremos de todo el bullicio de los bañistas. ¿Pasamos al otro lado a nuestro sitio? Te sujetaré para que pases primero. Te sujetaré con toda mi vida.

Ten cuidado, no te vayas a caer. Sonríe, que vamos a pasar al otro lado.

Justo ayer pasé un rato y ajusté el techo de la garita que fabricamos, solo tenemos que pasar.

¡Yuli! ¡No te preocupes! ¡Pasa, pasa! ¡Yo me sostengo de aquí, de este risco!

Llueve, llueve, repentinamente…

¡Sube, no te quedes ahí!

Doy brazadas, pero el río se ha crecido, como ha crecido mi miedo aquí debajo y el tuyo arriba.

Doy contra una roca y luego contra otra y otra. Ahoga las ganas de lanzarte a rescatarme, porque no hay nada que hacer. Ya pasaste a la orilla y no perderemos ese paso que por un momento fue feliz.

¡Grita! Que tu grito sea más fuerte que las olas que vienen. Calma el agua y haz que vuelva el canto de los pájaros, aunque tu dolor lo aflija.

Mau.

Villanueva, 23 de marzo de 2020

Mau de mi corazón:

Dejé tu carta, la que escribí con tu voz, a la orilla del río y guardé el esfero en el bolsillo del pantalón. Me paré de la fría roca donde estaba, cerré los ojos un momento para respirar y caminé lentamente al río, hundiéndome cada vez más. Cuando el agua me llegaba a la barbilla, vino la corriente. Lo sabía: era una maldad escondida, esperando atacar. Me arrastró poco a poco al fondo. Sentía el agua entrar en mí. Así te habrás sentido. Pensar que tu alma te abandonó en este lugar me ahogaba más que el agua. La única diferencia entre tú y yo es que tú sí querías vivir.

Cuando cerré los ojos para irme, la corriente me subió y me dejó en la orilla. Estuve unos diez minutos acostada en la arena, recuperando el aliento. Cuando me senté, la carta que había dejado en aquella piedra estaba a mis pies. Y el esfero seguía en mi bolsillo, intacto.

Crónica de la chancla flotante

Nikoll Dayana Barahona Rátiva
Grado 1106

Era un día glorioso. El cielo despejado, los vendedores gritaban como si anunciaran el fin del mundo, y yo… estaba preparada para el evento más esperado del año: el festival del río en Barbosa.

Había entrenado mental y emocionalmente. Me levanté temprano, me puse bloqueador hasta en las orejas, me preparé unos sándwiches y, sobre todo, elegí con devoción mis mejores armas para el río: mis chanclas, edición limitada, de color morado. No eran chanclas comunes y corrientes, eran «Las Chanclas». Las mismas con las que había sobrevivido a fiestas familiares, asados e incluso a una persecución de gallinas. Me sentía invencible cuando las calzaba.

En el festival había música, risas y un leve olor a chicharrón que impregnaba el alma. Me acerqué al río como quien se reencuentra con un viejo amigo. Metí un pie, luego el otro, y mientras disfrutaba el frescor del agua, sucedió lo impensable: una corriente leve, traicionera, sigilosa como ladrona profesional, me levantó la chancla derecha del talón y… ¡se la llevó!

—¡Nooo! —grité con la desesperación de quien ve a su perro correr hacia la carretera.

Corrí tras ella, entre piedras, niños en flotadores y señoras sentadas en las orillas con neveras del tamaño de un Toyota. La chancla flotaba, giraba y, de vez en cuando, parecía mirarme, como burlándose: «¿Esto te pasa por no apretarme bien, mamita?».

Un señor con sombrero me miró, se sonrió con una tranquilidad alarmante y dijo:

—Eso ya no vuelve, mija. El río en Barbosa no devuelve, solo se lleva.

Pero yo no me rendí.

Corrí a medio calzar, sin descanso. En el camino, me caí dos veces, casi pisé a una niña y le pegué sin querer una patada a un flotador en forma de pizza. Vi la chancla más adelante, flotando entre desperdicios, botellas de Pony Malta y latas de cerveza. Estaba cerca, muy cerca. Extendí la mano como en una película dramática. Y justo en ese instante… un niño en un unicornio inflable pasó y la empujó con el pie.

La chancla giró una vez más, se elevó ligeramente y desapareció río abajo, entre las piedras y la espuma.

Yo quedé ahí, parada, con un pie descalzo y el otro no, como una estatua trágica de las víctimas de Medusa. La gente se me quedaba viendo; algunos me ofrecían chanclas de repuesto, otros tomaban fotos y vídeos, otros solo se reían. Una señora me dijo:

—¡Ay, tan bonito ese zapatico, pero ya se fue! Eso si no se lo llevó el río, se lo llevó el destino.

Esa misma noche me volví viral. Alguien, con la rapidez de un rayo y el ojo de un documentalista, había grabado toda mi desesperada persecución. ¡Mi celular explotó! Un video titulado «Muchacha persigue chancla como si fuera su ex» subía como espuma. Memes, risas y

uno que otro mensaje de compasión. Me etiquetaron en cientos de publicaciones.

Días después, cuando la fiebre parecía bajar, apareció en mi Facebook una foto: una chancla morada, mojada pero entera, colgada en una ventana de un barrio a tres kilómetros del río. Debajo decía: «¿De quién será esta viajera?».

La reconocí al instante: ¡era ella!

La gente comenzó a comentar, le crearon una cuenta de Instagram: @ChanclaFlotanteBarbosa. Hoy tiene diez mil seguidores. Aparece montada en fotos con perros, en motos, en fiestas familiares y en una que parece estar tomando tinto con una abuela.

Yo reclamé, pero ya era tarde. La chancla había encontrado una nueva vida. Se había vuelto leyenda. Algunos dicen que aparece en cada festival, flotando, buscando venganza.

Desde entonces, solo uso sandalias con velcro industrial. Y cuando alguien me pregunta por qué tengo una chancla enmarcada en la sala, simplemente respondo:

—Porque esa chancla… vivió más que muchos de nosotros.

Escuelas Julio Sabogal y El Lucero

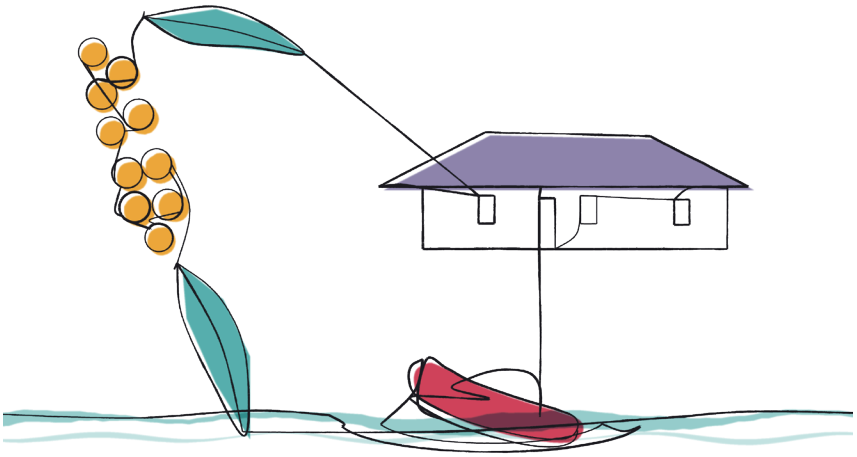
IEM Manuel Humberto Cárdenas
Sede Julio Sabogal

IEM Técnica Acción Comunal
Sede El Lucero · Fusagasugá

Grados tercero, cuarto y quinto

Docentes:

Daniel Mora, Olga Pinilla
y Martha Simbaqueva



El sonido del mar en un bastón

Jeondel Rafael García Lezama
Grado quinto · Docente: Daniel Mora
Escuela Julio Sabogal

El caminante se llamaba don Efraín. Aunque su cabello era blanco como la sal y la piel estaba curtida por el sol, sus pasos aún eran firmes. Cada mañana salía de su casa con su bastón de madera de guayacán, tallado con olas, peces y gaviotas que él mismo había hecho cuando joven.

Una tarde, mientras descansaba junto al río, dos niños del pueblo, Lucía y Tomás, se acercaron con curiosidad.

—Abuelo Efraín, ¿siempre caminas solo? —preguntó Lucía.

—No, niña, camino con mis recuerdos —respondió Efraín, dando un golpe en el piso con su bastón: tok, tok, tok.

En ese instante, del bastón brotó un sonido extraño. No era el golpe seco de la madera, sino un murmullo suave, como el vaivén de las olas. Los niños abrieron los ojos asombrados.

—¿Escucharon eso? —susurró Tomás.

—Es el mar —dijo don Efraín con una sonrisa nostálgica—. Voy de viaje, voy al mar. Hace veinte años que no regreso, desde que mi esposa partió.

Lucía y Tomás se miraron. Sin decir nada, tomaron sus mochilas y decidieron acompañarlo. El camino era largo: había que cruzar tres cerros, un valle y el bosque de niebla, pero no importaba, porque durante el viaje don Efraín les contaba historias.

Mi primo Alfonso

Nikolas David Beltrán Sarmiento
Grado cuarto · Docente: Olga Pinilla
Escuela El Lucero

Don Alfonso se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana. No necesitaba reloj: el frío de la madrugada y el olor del primer tinto eran su alarma.

Su finca era pequeña, pero sus cafetales eran tan limpios que parecían peinados a mano. Un año la cosecha fue mala y los precios bajaron tanto que no le alcanzaba ni para dos bultos de abono. Los vecinos le decían que vendiera la tierra a los hoteles que estaban construyendo para los turistas y que se fuera a la ciudad a descansar.

Alfonso no dijo nada. Se puso las botas de caucho, agarró el machete y subió a la parte más alta de su terreno. Allí enterró una moneda de plata que le había dado su abuela y le habló a la tierra como si fuera una persona:

—Yo no la voy a dejar sola, pero usted no me deje morir de hambre.

Ese mes, mientras las fincas vecinas se llenaban de cemento y piscinas, la de Alfonso dio la floración más blanca que se recordara. El perfume del café se sentía hasta la plaza del pueblo. No se hizo rico, pero sacó lo suficiente para pagar las deudas y quedarse en su casa.

Hoy don Alfonso sigue sentado en su corredor. Los turistas pasan en sus camionetas y les toman fotos a él y a su casa de madera. Él solo los saluda con la mano, aprieta su pocillo de café y sonríe, porque sabe que mientras sea fiel a la montaña, la montaña no lo va a traicionar.

El casi accidente

María Paula Sanabria Tique
Grado tercero · Docente: Martha Simbaqueva
Escuela El Lucero

Hace mucho tiempo, cuando mis abuelos eran jóvenes, tuvieron que ir a Fusagasugá a hacer unos trámites en la notaría. Se levantaron temprano, se pusieron la ropa de salir y se fueron a esperar el bus a la orilla de la carretera. Esperaron y esperaron, pero el bus no pasaba.

De pronto apareció un camión de mixto, de esos que llevan gente adelante y bultos atrás. El conductor paró y se ofreció a llevarlos. Mis abuelos se miraron y se subieron.

En el camino empezó a llover muy fuerte. El agua golpeaba el techo como si le estuvieran tirando piedritas, y el limpiaparabrisas no alcanzaba a quitarla. El camión bajaba muy rápido. Mis abuelos le decían al chofer que esa vía era muy peligrosa, que fuera despacio, pero él no conocía la carretera.

En una curva perdió el control. El camión se salió, se subió a una baranda y quedó con las llantas delanteras en el aire. Abajo estaba el barranco. Mi abuelo gritó: «¡Virgen santísima, ampáranos!», y el carro quedó trancado en la baranda.

Nadie se movía. Mi abuelita dice que hasta la lluvia se quedó quieta.

Despacito, uno por uno, se pudieron bajar. Mi abuelita le dio gracias a Dios porque nadie estaba herido, y los dos le dijeron al chofer que anduviera con más cuidado. El chofer estaba blanco como una hoja de cuaderno y no decía nada.

Después de un rato, entre varios señores que pasaban, lograron bajar el carro de la baranda. Mis abuelos llegaron a Fusagasugá sanos y salvos, mojados y con barro hasta las rodillas.

Cuando mi abuelita me cuenta esta historia, siempre termina igual:

—Ese día la Virgen sí nos oyó.

Centro de Estudios Literarios ARTBOL

Talleres de escritura · 2026

Textos de autores adultos

Introducción

ARTBOL es el centro de estudios literarios de la Fundación Cantemos. Sus talleres abren desde comienzo de año. En 2026 arrancamos con un taller de literatura infantil y juvenil con el escritor colombiano John Fitzgerald Torres. Siguió la franja de El Espantapárrafos con el poeta colombiano Juan Manuel Roca. Lo acompañó el poeta Manuel Pachón. Después vino Voces de Fuego, con Natalia Morales Herrera, directora del Festival Internacional de Cine de Fusagasugá. Y cerramos con los talleres de poesía de Juan Manuel Roca.

A los talleres llegan estudiantes de México, Argentina, Ecuador y Alemania, además de los colombianos. El club de lectura Bajo el Mismo Árbol recibe lectores de España y de toda América Latina.

Los textos de esta sección salen de los talleres de Juan Manuel Roca y Manuel Pachón, de John Fitzgerald Torres y de Voces de Fuego, que fue solo para mujeres. Se escribió, se leyó en voz alta, se discutió y se volvió a escribir. Cada autor llegó con su tema. Ninguno salió con el mismo texto con el que entró.

La sección va por géneros: poesía, narrativa y ensayo. Debajo de cada nombre está el taller del que salió el texto.

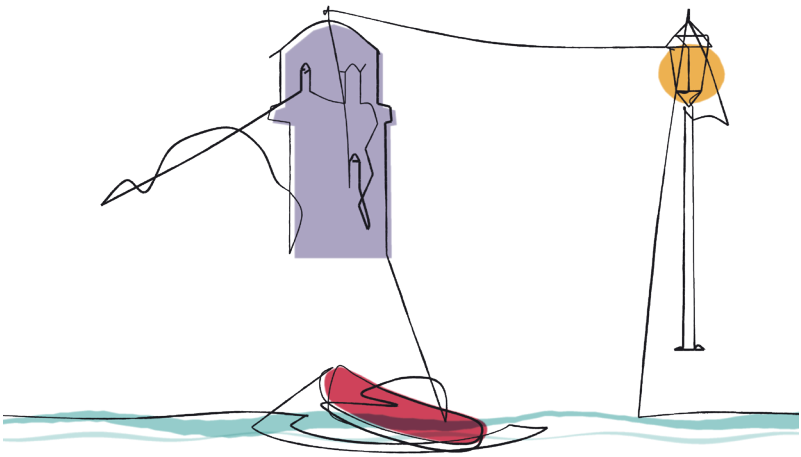
En la poesía, Carlos Julio Castellanos Hincapié, desde San Bernardo, sienta a Jonás frente a una ciudad que se pudre y acompaña a Celan hasta el Sena. Nancy Córdoba escribe desde los escombros de un terremoto y desde el

instante en que los amantes se creen inmortales. Laura Itzel Domart, desde México, aprende la tristeza en Bogotá y le pide a De Chirico que le pinte su guerra. En los poemas breves de Tathiana Pinto el pan sueña con ser de todos y un temblor se lee de arriba abajo. María del Rosario Castro Gil, que vive en Hannover, Alemania, escribe en versos cortos: llueve sobre el bosque, la ciudad mueve las caderas entre basurales y unas lideresas que bordaban sueños terminan amordazadas.

Mafe Amara cuenta una infancia a bordo de un tren, con un conejo que habla y una madre que nadie nombra. Rosalba Cubillos de Palencia vuelve a la casa de los abuelos los domingos: pan, chocolate y frutas robadas. Nellyng Rodríguez Mora cuenta la noche en que ella misma nació, en el páramo, con una tormenta afuera y un padre que no llega. Blanca Dora Godoy, desde Argentina, cierra con Rita, que se trenza el pelo frente al espejo y se pregunta si esta vez se atreverá.

En el ensayo, Carlos Julio vuelve a la fotografía de la Voyager 1: lo pequeños que somos y lo mucho que destruimos. Nidia Baquero se pregunta para qué sirve la poesía en tiempos de guerra y responde con la memoria de cada quien, que no cabe en un solo relato. Laura Itzel Domart, en «Nombrar la barbarie», va de Hannah Arendt a Terezín, de la banalidad del mal a quienes se negaron a banalizarlo.

Poesía



Carlos Julio Castellanos Hincapié

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Disolución de Nínive

...y se hizo allí una enramada
y se sentó debajo de ella,
a la sombra, hasta ver qué sería
de la ciudad.

Jonás 4, 5

Vi crujir en las fauces del ocaso
el espinazo torvo de la ciudad lejana,
como sobreviviente, como muerto viviente de ojos
desorbitados,
umbrío, en bosque umbrío de cadáveres, callado.

Nubes blancas no estaban en el viento del día,
no había arreboles en el azul perdido;
los altos obeliscos de la infamia
expelían su horizonte de tiniebla letal.

Un incendiado plomo, el sol grisáceo,
un tosco resplandor en la pizarra baja;
cuanto más cerca el cielo de sus podridas manos,
más irredento el hombre.

En negros catafalcos de cristal,
mojados de luz blanca,
erigidos cadáveres acéfalos;
ratas de hollín roían los cajones.

Madre tembló del viento
que azotó los naranjos en el rotundo patio;
en lumbre mortecina, se hizo sangre el anturio
cabizbajo.

Candor de la quietud:
su rostro enfebrecido tentó el canto de un mirlo.
Cada instante una máscara
Yo no soy más que un simple camino
por donde pasa el hombre que yo soy.
Haruki Murakami
Entre el silencio que fui y el que me aguarda,
me sé cada lugar y cada paso,
el punto de partida y de llegada… y el sendero.
Camino con la idea ensoñadora de ir muy lejos,
pero al final del día,
mis pasos extenuados me regresan conmigo.

Cierto aroma de cosa conocida me evoca este paraje,
aunque extraño y ajeno me golpea en el vientre.
El presente lo trae entre su pico
como una mixtura entre carroña y tierra estropeada.
Los rostros, diríase los mismos del recuerdo,
pero desfigurados;
mi semblante también se ha transformado:
cada instante una máscara.

Yo ya no soy aquel que alguna vez anduvo aquí,
o tan solo no soy, no he sido nunca:
ni yo, ni ya, ni aquel, ni alguna vez, ni aquí…
Quizás estoy ayer, o me he ido mañana, para
encontrarme ahora.

Me sé un salón de espejos
plagado de reflejos execrables, ominosos, amados;
de imprecisas visiones que, entre brumas espesas,
ostentan cierto aire de familia.
Allí todo camino conduce a ningún lado.



El salto de Celan

En las largas mesas del tiempo
beben a raudales los cántaros de Dios.
Paul Celan
Saltó del puente Mirabeau
la mañana de un lunes.
Nadie vio su caída, nadie sintió su ausencia.
Paul Celan miró al cielo antes de sumergirse
en el caudal del Sena
y alcanzó a ver cayendo la excrecencia de un pájaro,
justo un instante antes de dar contra su frente.
Tuvo por un destello la tentación de regresar a casa,
a traer el pañuelo olvidado
junto al libro, aún abierto, de su entrañable Hölderlin.
Mas para el corazón amargo del poeta
ya no era la hora del regreso
y continuó su marcha,
y se alejó del puente entre la gris corriente,
a diez días de distancia,
bebiéndose a raudales su agria leche negra
—como si de llenar un cántaro de Dios fuera la cosa—.
Cuando un pescador condujo hasta la orilla
su cuerpo desvaído

descubrió que llevaba en el fulgor acuoso de
su mirada vacua
una fotografía de Fritzi Antschel,
a la altura del rostro perforada
por el certero impacto de una Luger.



Nancy Córdoba

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Sin estación determinada

Después del terremoto
camino bajo la lluvia
        y no me moja la tristeza.

Después del terremoto
fantasmas transeúntes
desandan sus pasos
        y no me lastiman.

Después del terremoto
siento la desolación del agua
        y no me ahoga su dolor.

Después del terremoto
hombres intangibles
desdibujan senderos recorridos.

Después del terremoto
aves transparentes

rompen el silencio de la muerte
y se desplazan sin estación determinada.
Ser por un instante
En vano se desesperan los amantes por no ser
inmortales.
Jorge Gaitán Durán, «Ética», en Amantes
En vano se desesperan los amantes por no ser
| inmortales,
inventan sin reposo el deseo.
Se tocan: boca que busca la boca,
cuerpo que presiente el otro cuerpo,
y en un relámpago los atraviesa el incendio.
Sin reposo crean una morada que solo es de ellos,
habitan las estrellas.
Mil veces mueren cada día.
Los amantes están solos en la tierra,
pero por un instante son inmortales.

Laura Itzel Domart

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Impresiones de una ciudad

En Bogotá aprendí sobre la tristeza,
como quien se tatúa un mapa en el brazo izquierdo
y se evita el deseo de nombrar el dolor de la geografía.

*

En ella sentí que nunca iba a sobrepasar las montañas,
que me iba a quedar ahí,
prisionera.

*

Allá me machuqué el pulgar derecho.
Fue como aplastar una ciudad de hormigas
y dolerse por las ruinas
y no por la muerte.

*

Ahí conocí el color de la lluvia,
porque en esa ciudad el agua es permanente
y la tristeza también.

*

En su geografía
descubrí que mi tristeza era así,
permanente,
permanecía prisionera en mí
y no yo en ella,
y no en esa ciudad.

El día que Chirico pintó mi guerra

Giorgio de Chirico pintó Enigma de una tarde de otoño en 1909 y La incertidumbre del poeta en 1913. Y ya había tanto silencio. Tanto, tanto, que desesperaba al mundo. Todavía no había guerra, no la primera, mucho menos la segunda. Pero sí una guerra en el centro de sí mismo. Lo sé, porque reconozco la tempestad del silencio, ahí donde las palabras se hacen más grandes de tanto espacio vacío y los colores enferman de los nervios después de saberse solos. Sucede que tengo un hueco justo a un lado de mi costilla y me esfuerzo por romperles los huesos a las horas inhabitables. Y en mi casa también hay una figura griega que no tiene brazos, como cuando las estatuas quedan maltrechas después de un bombardeo aeroespacial.

Tathiana Pinto

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Segregación

El hambre tiembla
detrás de la ventana.
En el escaparate
el pan sueña
con ser de todos.
La antípoda
Moscas en el estómago,
la matria intuye su propio cuerpo
en alas caídas.
Los espejos de montaña y mar
van teñidos de negro.
Réplica
Cuento las grietas,
los estantes,
los cuadros familiares
d e s g a r r a d o s,
las ausencias.

En mi vientre:

escombros

y

venas de acero

que vuelven a estar bajo el sol.

Un miedo sostenido en las bases

que no saben

si podrán mantenerse

de nuevo en pie.

En mis oídos

el eco del grito

T

R

U

E

N

A.

María del Rosario Castro Gil

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Gotas

Sediento follaje
domina el bosque
cuando enciende
el relámpago
picos de montaña.

Enjambre
de desgarradas nubes
precipita lluvia.

Acres perlas
velos musicales,
se derraman en hojas
como ojos de guacharacas.
La urbe
Espeso,
olor a almizcle
inunda las esquinas.
Sacra oscuridad,

transfigura
la ciudad.

Ordenado caos
trepa a su cintura,
plañideros susurros
cuelgan de los pliegues.

Entre ruinas
pinta muros
de silenciosos ruidos.

Testigo
del amargo dulzor
de niños
perdidos en la niebla
con destrozados juguetes
descubiertos en los basurales.

Ciudad de calma tensa,
mueve sus caderas,
a ritmo de tambor.

Observa
jaulas de miseria
cicatrices de sueños
fermentadas en el tiempo.
Agazapadas flechas
la desbrozan
cae solitaria

en medio del asfalto.
Lideresas
Bordaban,
urdían resistentes hilos
en un jardín de sueños;
odisea de lágrimas
anegó su paraíso.

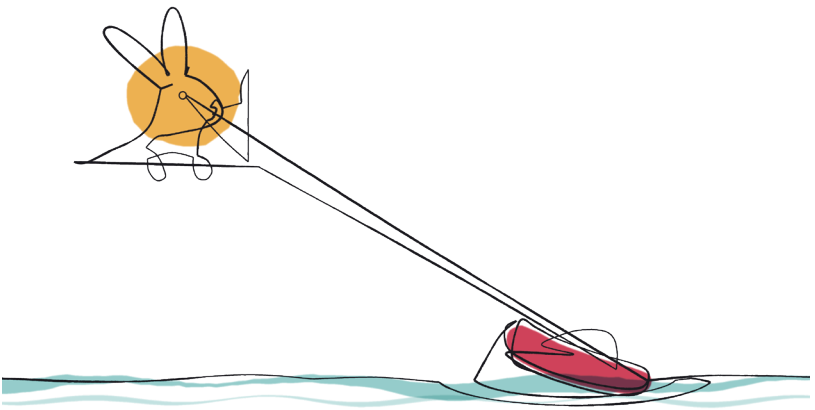
Tropel de verdugos
absorbió la savia;
silenciadas bocas
las vistieron de ceniza,
cuando exhalaban
un ¡No quiero!

No oyen cantos
los sinsontes.

Unas alimañas
amordazan
enhebradas cicatrices
en sus vientres.

Siniestros comodines
las encadenan
a viscosos bordes
del abismo
del que se despeñan
pétalos estrujados.

Narrativa



Prefacio al taller de escritura Voces de Fuego

¡Oiga, mija!

Facilitadora Natalia Morales Herrera
Voces de Fuego · Taller de escritura para mujeres de fuego

—Oiga, ¿usted escuchó hablar de un taller de escritura solo para mujeres?

—Sí, mija, me dijeron que es una vaina con fuego.

—¿Con fuego?

—Sí, algo que llaman Voces de Fuego.

Este viaje empezó con una invitación a las amigas y compañeras del Círculo de la Palabra *M de Mujer*, un espacio donde el encuentro íntimo nos permitió reconocernos en la mirada de la otra. Allí hicimos, ante todo, un pacto de confianza: la palabra compartida nunca fue juzgada ni expuesta. Fue acogida con ternura, como semilla de sanación colectiva. Al calor de esa escucha descubrí que la escritura —terapéutica, catártica, testimonial— es un territorio fértil para la voz propia de las mujeres.

Los textos que siguen son la cosecha de ocho encuentros de introspección y entrega. A esas sesiones las bauticé *Voces de Fuego* por la energía que las movía. Cada

reunión empezaba en silencio, con una vela pequeña encendida en el centro del círculo. Unas lo sabían y otras lo intuían: el fuego se volvió nuestro guía. Fue cocinando despacio cada relato y los lazos que nos unen. Este proceso se hizo desde las entrañas, con la magia, la complicidad y el poder creador que aparecen cuando las mujeres nos juntamos con el corazón abierto.

Esta selección reúne textos de la segunda cohorte. No están todas las que han pasado por el círculo, pero sí el deseo de seguir forjando estas vidas al fuego, y que esas vidas sean lumbre y horizonte para otras mujeres. Queremos seguir contándonos y sanando con la palabra escrita.

Hoy *Voces de Fuego* se hace visible gracias a la plataforma ARTBOL de la Fundación Cantemos, que le dio casa digital y tendió este puente con los lectores. A todas las almas cómplices que alimentaron esta lumbre, gracias.

Mafe Amara

Taller Voces de Fuego
Facilitadora: Natalia Morales Herrera

Lo que Amara quería ver

El reloj cucú de la sala de partos del tren tenía números romanos dorados y un pájaro amarillo que salía cada media hora. La madre se preguntaba qué habría adentro. ¿Una familia feliz, la que tanto había deseado? ¿Una mamá pájaro dando a luz cada media hora? Antes de la última contracción alcanzó a pensar que adentro había muchos pajaritos amarillos trabajando, y que escogían a uno para que saliera.

Justo ahí, el grito de una enfermera se junta con el del cucú, que anuncia las 20:30. Es el 6 de enero de 1996. Entre el estruendo de la locomotora, nace ella.

—¡Permiso, permiso, que nació desmayada!

La madre, con una tabla de balso en cada brazo para sostener el suero, voltea la cara para escupir la saliva que la ahoga. Como puede, pregunta:

—¿Para dónde se la llevan?

Así empieza la historia de Amara.

Pasan seis estaciones, una por cada año. Amara ya tiene sus gafas rosadas y está en primero básico. De cada

estación guarda un recuerdo de su mamá: unas sandalias negras con flores fucsias; un bolso de plástico de las Chicas Superpoderosas; una llamada llorando, por un teléfono de disco verde militar, porque se extrañaban; un esmalte rosado de la Barbie, con brillitos; una silla rosada de plástico. Y de su sexto cumpleaños, el regalo más grande: un conejo blanco que salió de un sombrero negro gigante.

Pepe salió saltando, con la colita redonda, la nariz rosada en forma de corazón y los ojos achinados como los de Amara. Por eso ella cree que son hermanos.

Después del cumpleaños, y de mucho ruido, mamá ya no estaba. Amara no sabe por qué. Una vez oyó a su abuelo decir que en 1996 nacería el anticristo y que los niños sin bautizar quedarían malditos. Ella no está bautizada. Piensa que las gafas y la ausencia de mamá son el castigo. En silencio se mira las manos, buscándose otro defecto.

Papá la atiende como a una princesa. Le sirve el almuerzo en su plato favorito: blanco, con el abecedario de colores alrededor y una familia de conejos pintada en el centro. Ella come despacio para encontrar al final a los conejos abrazados. Más que los conejos, ama lo que ve en ese plato: una familia.

Extraña la voz de su mamá, delicada y ruda. No se atreve a preguntar por ella.

Se asoma a la ventana del tren subida en su silla rosada, a la que le tiemblan las patas. El abuelo, que lee el periódico con las gafas en la punta de la nariz, carraspea. Con eso basta: Amara entiende que eso no se hace. Abraza a Pepe y parpadea fuerte, para que le salgan más lágrimas y se le despegue el parche.

Otro día pregunta quién maneja el tren. El abuelo no levanta la vista del periódico. Solo carraspea. A los niños no se les contesta eso.

Tiene que llevar el parche en el ojo izquierdo y hacer planas de círculos y triángulos con el otro. A su papá le da pesar verla torcer el ojo para mirar por el hueco que la humedad le abre al parche, y a veces se lo quita. Para convencerla de usarlo, le dice que algún día irán a visitar a su mamá. Eso sí: que tenga claro que mamá no viene porque no la quiere tanto como él. Que por eso tiene que quererlo más a él, que sí está ahí.

Le hace las colitas torcidas, una más arriba que la otra. Le plancha la jardinera azul y el buzo de cuello tortuga que va debajo. El olor a vapor de plancha la hace sentir calientica en el cuarto del vagón donde viven en arriendo, cerca del vagón de los abuelos, pero no en el mismo. Amara está convencida de que su papá es un superhéroe.

Corre de vagón en vagón con Pepe. A veces se cree coneja y se pone las manos en la cabeza como si fueran orejas. Otras veces cree que Pepe es humano y le pinta las uñas con el esmalte de la Barbie. Trata de no gastarlo, porque se lo regaló su mamá. Se ríe a carcajadas viendo a Pepe saltar con las uñas rosadas.

Mientras su papá llega, la cuidan los abuelos. Ella se escapa al cuarto de costura de la abuela, que huele a tela recién cortada. Quiere asomarse a la ventana, pero ahí no está la silla y no alcanza. Entonces sube a Pepe en su cabeza, se pone de puntitas y le pide que busque a su mamá.

—Si la viste, mueve la nariz tres veces. Si no, muévela dos.

Pepe la mira, mueve la nariz una vez y se va saltando. Esa noche Amara no duerme pensando qué significa una sola vez.

Otra noche la despierta una voz. No es conocida, pero siente que alguna vez la ha oído. Es Pepe, reunido con los peluches, decidiendo cómo contarle que su papá no va a volver en un tiempo y que ella tendrá que irse a vivir con los abuelos.

—¡Pepe, yo sabía que tú hablabas! —le grita en un susurro—. ¿Por qué nunca me dijiste nada de mi mamá?

Pepe baja las orejas.

—Perdóname. No me acuerdo de ella. El día de tu cumpleaños había tanta gente que solo recuerdo su voz diciéndote que yo iba a ser tu compañero. Por eso moví la nariz una vez: no sabía qué decirte. Pero te prometo que la vamos a seguir buscando.

Después le cuenta lo de su papá. No escuchó bien por qué se va. Solo sabe que se va a demorar.

Amara abraza a Pepe. Ahora no va a tener a nadie que la cuide como su papá.

El cuarto en el vagón de los abuelos le parece enorme. La cama de dos plazas, solo para ella, se siente fría. Un tocador de madera antigua se vuelve su escritorio; ahí aprende las tablas de multiplicar. Los días se hacen largos. Lo único divertido es acompañar a la abuela mientras cose.

Con Pepe arma un plan: buscar una foto de mamá para que él le siga el rastro, esperar a que nadie la vea y abrir la puerta del vagón. Lo intentan muchas veces. Siempre algo los interrumpe: un regaño, el cansancio. Y hay una puerta que nunca han podido abrir: la de la cabina de mando, al frente del tren.

Un día amanece con fiebre. La abuela entra al cuarto a las 5:30, abre las cortinas de un tirón y le dice que se apure para el vagón escuela, que ella va de salida y no queda nadie más. Amara baja como puede, con la jardinera a medio planchar, y vomita el desayuno. Dudan en dejarla sola, pero no hay de otra. Es el escenario perfecto.

A mediodía se siente mejor. Se come unas galletas que le dejó la vecina, toma fuerzas y abre la puerta del vagón. Esta vez sin miedo, con su silla rosada y su conejo. Y sin parche.

Recorre todos los vagones. Mamá no está en ese tren. En la siguiente parada se baja y se sube a otro, sin boleto. Primer vagón, segundo, tercero, cuarto, quinto. Nada. Frustrada, valiente sin querer serlo, entra al sexto y una mujer grita:

—¿Amara? ¿Eres tú?

Pepe para las orejas.

—Esa es la voz de tu mamá. ¡Corre!

Amara suelta la silla. Sin parche, con los dos ojos, la ve. Tiene la voz delicada y ruda que extrañaba y la misma mirada pícara de Amara. Es una cara que no recordaba y que se parece a la suya.

Se abrazan. Amara llora sin saber si es de felicidad o de tristeza.

—Perdóname por no verte.

—No te preocupes, mi amor —le dice su mamá—. Solo te enseñaron a no mirarme.

Su mamá la lleva de la mano hasta el frente del tren. Le abre una puerta igual a la que en su tren siempre estuvo cerrada, la de la cabina de mando, y se queda atrás. En el puesto del conductor hay otra mujer. Tiene gafas rosadas como las de Amara, los ojos achinados como los de

Amara y una cadenita con un dije de conejo blanco. No es su mamá. Amara la reconoce enseguida: es ella, grande. Es ella la que maneja.

La Amara grande la sienta a su lado y le arregla las colitas, que siguen torcidas. Suena el cucú y sale el pájaro amarillo: son las 18:00. Le señala la ventana. Amara se asoma.

Esta vez alcanza.

Rosalba Cubillos de Palencia

Taller Voces de Fuego
Facilitadora: Natalia Morales Herrera

La casa de los domingos

Aquel domingo mi madre se levantó antes que todos. Peinó una cabeza tras otra: pelo liso, crespo, ondulado, largo, corto. Los trajes, que ella misma había cosido, esperaban extendidos sobre la cama. Era la antesala de un desfile.

Ella iba a disgusto, como cada domingo. Había vivido con sus suegros los primeros años de casada y no los extrañaba. Nunca lo dijo, pero se le notaba en la fuerza con que apretaba las cintas. Mi padre, en cambio, se paseaba entre nosotros revisando cuellos y zapatos. Iba a presentar a su familia ordenada y obediente.

Nosotros íbamos felices por otra razón. Nuestra casa, en la falda de la montaña, solo daba papa. La del abuelo, abajo, cerca del río, tenía otro clima. Tenía frutales.

Mi padre dio la orden de salida y bajamos por el camino de piedra, entre saltos y risas. Antes de llegar, uno de mis hermanos se adelantó por el lado de la cerca, donde los árboles se asomaban sobre el cami-

no. Volvió con las manos vacías y una sonrisa que solo nosotros entendimos: las chirimoyas, los duraznos y las naranjas ya estaban escondidos entre las piedras, esperándonos.

Entonces apareció la casa, grande, con su techo de tejas de barro, recostada en la planicie y abrazada por las enredaderas. En el umbral, mi padre se detuvo y nos miró uno por uno. No dijo nada. No hacía falta.

Adentro, las puertas dobles de las habitaciones nunca se cerraban. Allí no había secretos, decía mi padre. Olía a madera vieja. Saludamos a los abuelos con respeto. El abuelo nos miró de arriba abajo y apenas movió la cabeza. La abuela le pasó revista al vestido de mi madre y no dijo nada, que era su manera de decirlo todo.

Luego vino el rosario. Los abuelos, en sus reclinatorios mullidos; nosotros, de rodillas en el piso de madera. En las paredes, la gente de las fotografías no dejaba de mirarnos. El reloj del cuarto marcaba cada segundo con un tictac que daba miedo. La ventana daba a la cerca. Yo rezaba los misterios sin oírlos. Solo pensaba en las naranjas escondidas entre las piedras.

Después llegó de la cocina el olor a pan recién horneado y a chocolate. La abuela se puso seria, se acercó a mi madre y, con voz tierna pero firme, le dijo:

—Vaya, mijita, apague el radio, que debe estar cansado de hablar solito. Se le olvidó apagarlo.

Mi madre fue sin decir nada. La abuela, ya más tranquila, se sentó con nosotros con un canasto de pan y una olla de chocolate espumoso. Si se acababa el pan, traía más. Si se acababa el chocolate, volvía a servir. Así, hasta que no quedó nada.

A la hora de irnos, mi padre nos pasó revista otra vez. Salimos en fila, despacio, y apenas doblamos el recodo corrimos a la cerca. Las frutas seguían ahí. Nos llenamos los bolsillos, las manos, la falda del vestido que mi madre había cosido.

Cuando miré atrás, el abuelo seguía en la puerta.

Ahora creo que lo sabía, y que se hacía el de la vista gorda.

Nellyng Rodríguez Mora

Taller Voces de Fuego
Facilitadora: Natalia Morales Herrera

La tormenta

Mi madre ya tenía dos hijos, un niño de cuatro años y una niña de dos, cuando se dio cuenta de que vendría un tercero. Aún no cumplía los veinte, y saboreó la amargura. Para mi padre tampoco fue un derroche de alegría. Con los meses llegó la calma, o tal vez la resignación. «Bueno, serán tres, así lo quiso Dios», decían.

Vivían en la finca, lejos del pueblo, en el páramo, donde la niebla es costumbre y los frailejones crecen entre el pantano. La casa era pequeña: dos habitaciones, cocina con hornilla y un corredor con columnas de madera. A quince minutos a pie quedaba la casa grande, la del abuelo y los tíos por parte de padre.

Cuando llegaron los dolores, le mandaron razón a mi abuela con un vecino que pasaba por el camino. Ella vivía a una hora a pie y llegó en su caballo lo más pronto que pudo.

Mi abuela era partera y sobandera, como lo había sido su madre. Con sus sobijos acomodaba al bebé para que naciera sin dificultad, y después del parto, con hierbas, les devolvía el cuerpo a las mujeres para que no queda-

ran «barrigonas», decía ella. Mi madre aprendió el oficio, pero solo lo ejerció en alguna emergencia.

La abuela dijo que el parto venía demorado. Mi padre dijo que iba a atender un asunto y que no tardaba. Y se fue.

Mi abuela cuidó a mi madre y a los niños toda la tarde y toda la noche. El nacimiento llegó a las cuatro de la mañana. Me bañó y me vistió con cariño. Después preparó comida para todos, atendió los animales, lavó y organizó la casa.

Hacia las dos de la tarde el cielo se cerró. Mi abuela tenía que volver a cuidar a mi abuelo, sus animales y su casa. Pensó que mi padre no tardaría en llegar. Prometió regresar al día siguiente, montó en su caballo y se fue.

Mi madre esperó a mi padre. La lluvia llegó primero. Empezó despacio y se volvió tormenta: viento, truenos y relámpagos que hacían temblar la casa. Afuera los animales bramaban desorientados. Mis hermanos, llorando, se metieron en la cama de mi madre. A las cuatro de la tarde ya era de noche.

Ella se levantó con cuidado, todavía adolorida, se abrigó y se asomó por la ventana entreabierta. Las vacas, los caballos, las gallinas y hasta los perros buscaban desesperados dónde guarecerse.

Entonces mi madre por fin lloró. Lloró por ella, por sus hijos, por sus animales.

El miedo llegó al límite cuando un rayo cayó sobre el alambre de púa que separaba el patio del potrero, a unos veinte metros de la casa. La luz corrió por la cerca, larga e intensa, hasta un punto lejano donde estalló. Algunos animales no amanecieron.

Ella volvió a la cama, abrazó a sus hijos y se aseguró de que estuvieran bien. Pasó la noche mirándome a la luz de una vela, esperando que amainara la tormenta y que mi padre regresara.

Mientras esperaba, entendió que era veinte de diciembre y que tal vez mi padre estaba festejando por anticipado la Navidad. La tormenta sería una buena excusa.

Blanca Dora Godoy

Taller de LIJ con John Fitzgerald Torres

Las desventuras de Rita

Rita se levantó más temprano que de costumbre. Un aire tibio llenaba la casona vieja y solitaria. Mientras arrancaba del almanaque la hoja de agosto, pensó que la primavera estaba cerca. Abrió la ventana y, trenzándose el pelo largo y canoso, se preguntó si este año los carromatos del parque de diversiones traerían alegría y trabajo al pueblo.

—¿Será posible que esta vez me atreva a la aventura? —gritó a boca de jarro, a sabiendas de que nadie podía oírla.

En su niñez también llegaba por esa época una caravana de carromatos atestados de enseres, que se instalaba en las afueras del caserío. Rita la esperaba con los otros niños, pero siempre tenía que lidiar con sus dos abuelas.

La abuela paterna, la Nona, desconfiaba de los gitanos. Decía que aquel no era lugar para gente decente y que era peligroso para una niña: podían raptarla, o aprovechar un descuido para cortarle las trenzas y vender el pelo. La abuela materna, Aurelia, la llevaba a escondidas, no sin antes comprarle unas alpargatas

negras para que no embarrara los zapatos, que guardaba en un bolso hasta la vuelta.

La Nona era hija de un coronel del Ejército, como repetía con arrogancia. A los quince años la sacaron del colegio de monjas para casarla con un hacendado que le doblaba la edad. Desde que enviudó vistió de luto riguroso, se recogió el pelo en un rodete y la sonrisa se le borró de los labios. No recibía visitas. En su casa había un silencio sin voces; solo se oía el viento entre las hojas o la lluvia sobre el techo de zinc.

Allí la llevó su padre, JJ, como bastón de compañía, con seis años recién cumplidos. Rita siempre recordó la voz de orden con que le dijo:

—¡Tú aquí te quedas!

No se atrevió a preguntar por qué, y obedeció. Así perdió a sus amigos del barrio, donde cada día había una travesura que esconder.

Aurelia venía de un pueblo originario de la provincia de Buenos Aires; los rasgos achinados y la piel cetrina la delataban, y a menudo contaba historias de tolderías y malones. Había sido madre soltera de Carolina, la mamá de Rita, antes de casarse con un gallego de apellido Veloz. Su palabra era sentencia, y había que evitarle el enojo, porque enseguida «se le paraba la pluma». Su casa siempre estaba llena. La música, el canto de la muchachada y alguna zarzuela la convertían en romería, en toldería o en carpa trashumante, según quién se hospedara en lo de los Veloces.

Parecía imposible que dos familias tan distintas se juntaran, pero al destino no le costó: JJ y Carolina se casaron, obligados por la urgencia, cuatro meses después de que naciera Rita.

Rita se volvió otra cuando entendió el significado de la palabra «bastarda». Así la llamaba la Nona ante cualquier rebeldía. Entonces ella se encerraba en el cuarto de los trastos viejos a encontrarse con su amiga, la del espejo, y lloraban al unísono, a moco tendido. Juró que cuando juntara coraje, no sabía cómo ni cuándo, resolvería su vida.

La oportunidad llegó el año en que apareció el parque Sicilia, de un italiano llamado Antonio Adamo. Poco a poco el predio desolado se volvía otro lugar. Los banderines y las guirnaldas de colores se veían desde lejos, y la música se oía desde más lejos todavía. En la ruleta de la fortuna estaba siempre, en primera fila, don Eugenio, el carpintero, con su mujer y sus siete varones, esperando la niña que nunca llegó. En el tren fantasma, Juancito, al que llamaban el Lungo, apaleaba los esqueletos con una caña que él mismo había fabricado. Las mellizas almidonadas del inglés, con su niñera, compartían la fila con el juez de paz, el farmacéutico, el de la funeraria y el cura, en fraternal encuentro con el populacho. En un rincón, la gitana te pedía que te acercaras para leerte la suerte en las líneas de la mano. Rita nunca se acercó. Le cuidaba las trenzas.

La vuelta al mundo era su preferida. Cuando se detenía allá arriba, se veía el caserío iluminado, y si uno cerraba los ojos podía tocar las estrellas. Rita, abrazada a su amiga Negrita, gritaba:

—¡Queremos alas, queremos alas para poder volar!

Y se reían como locas hasta sentir el vacío en el estómago cuando la rueda empezaba a bajar.

Con los días, el olor a alcohol, a pasto chamuscado y a barro volvió el lugar insoportable. Cuando vio que

los carromatos estaban listos para partir, Rita se dijo: «La fiesta terminó». Le volvió a los oídos aquella palabra que no quería pronunciar y pensó que era su última oportunidad.

Esa noche se acostó temprano, con la excusa de que no se sentía bien. Esperó a que la Nona se durmiera, sacó de debajo de la cama el bolsito que tenía preparado y caminó descalza hasta la puerta del patio. El corazón le latía tan rápido que parecía querer escapársele por la boca. Puso la mano en el picaporte. Del otro lado se oía, lejos, la música del parque. Detrás, la casa y su silencio sin voces.

Y entonces oyó, más fuerte que el corazón, la voz de su padre: «¡Tú aquí te quedas!».

Volvió a la cama. Guardó el bolsito donde estaba. Al amanecer oyó partir los carromatos.

Desde entonces, cada agosto, Rita se cuenta otra historia. En esa historia se escondió en un carromato de carga y la encontraron días después, hecha una piltrafa. Las dos familias se culparon una a otra hasta el fin de sus días y nunca dieron con ella. Años más tarde, alguien juró haberla visto de trapecista en un circo; otros, con más imaginación, en el Moulin Rouge o en el Lido de París. Y un día, cuando el parque llegó a Pehuajó, cerca de la tierra de la abuela Aurelia, se bajó del carromato y, sin que nadie se lo ordenara, se quedó. Tuvo una casa que parecía una romería, una toldería o una carpa trashumante, según quién se hospedara en lo de Godoy Silva.

Es una buena historia. Se la sabe de memoria.

La Nona murió dos meses antes de cumplir cien años. Rita siguió en la casona. Trasladó el espejo del cuarto de

los trastos viejos a la sala principal. El bolsito sigue debajo de la cama.

Cerró la ventana y terminó de trenzarse el pelo frente al espejo. La amiga de sus desventuras le devolvió la mirada. Silencio.

Y fue la otra Rita la que gritó:

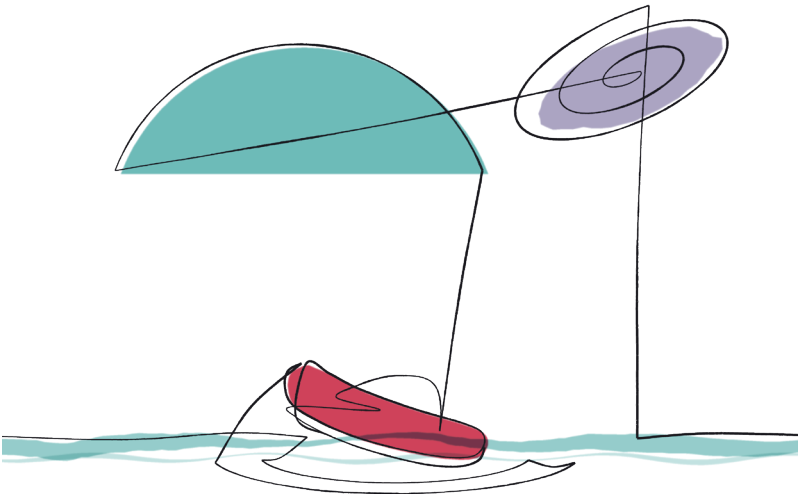
—¡Cobarde!

Rita recogió del suelo la hoja del almanaque y, con un suspiro de resignación, casi en un susurro, le contestó:

—No me atreví a la aventura.



Ensayo



Carlos Julio Castellanos Hincapié

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Nuestra inmensa pequeñez

Cuando la condición humana me fatiga y me fatigo de mí mismo, dos ideas se confrontan y combaten en mi mente: la de la insignificancia cósmica del orbe que habitamos y la de nuestra enorme capacidad de devastar y depredarnos.

La primera la veo en aquella fotografía tomada el 14 de febrero de 1990 por la sonda espacial Voyager 1, a 6000 millones de kilómetros de distancia y a 32° sobre la eclíptica. En esa imagen, conocida como Pale Blue Dot, sobre un inmenso fondo oscuro, se ve en el centro de un exiguo rayo de luz un ínfimo punto luminoso de color azul pálido, una mota quizá, una partícula: la Tierra.

No puedo evitar recordar algunos de los versos lúcidos y desencantados de Omar Khayyam, escritos hace casi mil años:

El Mundo es solo el Cuadro iluminado
que arroja la Linterna del Juglar,
cuya Vela es el Sol, y nuestras Vidas,
Sombras que vienen, Sombras que se van.

Es una fotografía familiar en la que estamos todos, sin vernos, pues en esa pequeña mota azul no somos más que micropartículas innumerablemente dispersas bajo una envoltura que relumbra en la oscuridad abisal. Dice Peter Sloterdijk, con una voz tan escéptica como la de Khayyam, pero mucho más cercana en el tiempo y más prosaica: «Nada puede salvar al cielo físico de ser desencantado como una forma de ilusión. Lo que parece una alta cúpula es un abismo percibido a través de una envoltura de aire. El resto es religiosidad enlarvada y lírica mala».

*

La segunda idea, la de nuestra capacidad de devastar y depredar, la encuentro en la figura 22 del libro Sapiens. De animales a dioses, de Yuval Noah Harari, donde se muestra la detonación de la primera bomba atómica en Alamogordo, Nuevo México. Una explosión que precedió a las mortíferas detonaciones de Hiroshima y Nagasaki.

Me vuelven a reverberar, entre la lengua y el paladar, otros versos, esta vez de mi cuaderno personal:

Un incendiado plomo, el sol grisáceo,
un tosco resplandor en la pizarra baja:
cuanto más cerca el cielo de sus podridas manos,
más irredento el hombre.

Confieso que Auschwitz, el Gulag, la Gran Purga soviética y los estallidos atómicos de Hiroshima y Nagasaki pesan sobre mi propia existencia como una sombra enorme, a pesar de ser referentes de hechos ocurridos en territorios lejanos a mi entorno y mucho antes de que yo

naciera. Aunque ese es un detalle insignificante, si se tiene en cuenta el ínfimo rincón del abismo que habitamos.

A veces me pregunto cómo soportamos vivir después de cosas semejantes. Me sobrecoge, sobre todo, el hecho de que no sean sucesos que ocurrieron una vez y nunca más. De alguna manera, mucho de lo que vino después, incluidas las guerras encarnizadas de nuestro propio país, se aprendió de las dos grandes guerras europeas del siglo pasado, su crueldad y su capacidad de devastación racionalizada.

Tal vez nos tranquilice pensar que esta es solo nuestra historia reciente, que en algún momento erramos el camino y que todavía podemos rectificar. Pero Harari nos recuerda, para nuestra decepción, que «poseemos la dudosa distinción de ser la especie más mortífera en los anales de la biología»; que incluso mucho antes de la invención de la rueda, la escritura o las herramientas de hierro, Homo sapiens ya había logrado extinguir casi la mitad de los grandes animales del planeta.

Por si quedan dudas, aproximemos un poco el foco a nuestra historia reciente como nación. En los meses precedentes a la fotografía de la Voyager 1, en aquel 1990, en esta esquina que habitamos y llamamos Colombia, un edificio público de la capital fue reducido a escombros por un atentado. Pertenecía al que después supimos era el mayor aparato de «inseguridad» del Estado, recordado aciagamente con el nombre del DAS. Sesenta y tres personas murieron, quinientas resultaron heridas y un sinnúmero de viviendas a su alrededor quedaron destruidas.

En esos mismos meses, y en los que les sucedieron, fueron asesinados tres candidatos presidenciales… y un poeta al año siguiente. Se llamaba Julio Daniel Chaparro.

Periodista también. En su errancia de asombro, miedo y dolor supo que:

nos ha tocado en suerte este país
lugar sin cielo (…)
árbol con olor de podredumbre en sus follajes.

Menciono apenas un detalle de la riada de sangre que ha sido nuestra historia.

*

Pero volvamos de nuevo la mirada a aquella imagen insólita de la Voyager 1, la que nos mostró la apacible indiferencia de ese pequeño punto luminoso suspendido en el fondo sin fin de la oscuridad. Olvidemos la máquina que tomó la fotografía, dejémosla alejarse de nosotros para siempre en su extravío insondable e insolente.

Mirémoslo con imaginación poética. Quién puede asegurar que no nos han trampeado, que en realidad esa imagen no es más que la de una chispa que saltó de una hoguera y se va consumiendo en su caída; o quién puede afirmar que esa pequeña luz no es el candil del Ermitaño —arcano nueve del tarot—, oculto por una túnica negra en la oscuridad. Al decir de Jodorowsky, esa carta representa tanto la máxima sabiduría como la crisis más profunda. O alguien puede refutar a pie juntillas al que asegure que Pale Blue Dot no es más que el esbozo de una ilustración para el haiku 14 de Borges, que dice:

¿Es un imperio
esa luz que se apaga
o una luciérnaga?

Casi creo escucharlo en la voz absorta del poeta, en noche sin fin cautivo, igual que nuestro mundo.

¿Imperio o luciérnaga? ¿Lo más expansivo y avasallante o lo más delicado y frágil? Lo cierto es que nos precede la nada y hacia la nada vamos. Pero, como nos lo dijo María Zambrano, «el poeta no teme a la nada»; «el poeta saca de la humillación del no ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro».

Quizá, al pensar en nuestra pequeñez cósmica, podamos comprender la enormidad de nuestras miserias, producida por esa parte de nosotros que cree poder arrasar y avasallar todo a su antojo e ilimitadamente, y que nos ha traído, como nos lo recuerda Sloterdijk, a esta burbuja atestada de dinero, ostentación, miseria y gas carbónico que amenaza con estallar por cuenta nuestra. Pero quizá también, solo quizá, esa conciencia nos haga comprender la grandeza que implica aprender a vivir juntos en un mundo que, con toda seguridad, es la única morada posible de la vida.

Solo una vez más, mira. Lo ves, ahí estamos, tú y yo… nosotros, ahora. Si es posible que en este ínfimo lugar escuches el susurro de esta voz, envuelto en el capullo azul del resplandor, cualquier cosa es posible.

Referencias

Borges, Jorge Luis. Poesía completa. Nueva York: Vintage Español, 2012.

Chaparro, Julio Daniel. «Hay un país». 25 poemas por la verdad. Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, 2016. https://www.unidadvictimas.gov.co/especiales/julio-chaparro/index.html

Harari, Yuval Noah. Sapiens. De animales a dioses: Breve historia de la humanidad. Trad. Joandomènec Ros i Aragonès. Barcelona: Debate/Penguin Random House Grupo Editorial, 2023.

Jodorowsky, Alejandro, y Marianne Costa. La vía del Tarot. Trad. Anne-Hélène Suárez Girard. Madrid: Siruela, 2004.

Khayyam, Omar. Rubaiyat. Versión de Edward FitzGerald, trad. Jorge Luis Borges. En Poetas líricos ingleses, t. 34. W. M. Jackson, 341.

Sloterdijk, Peter. En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización. Trad. Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2007.

Zambrano, María. Filosofía y poesía. 4.ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Nidia Baquero

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

La poesía en tiempos de guerra

Colombia, lugar sin dueños

Las palabras pueden fabricar enemigos, pero también pueden devolverles un rostro. Durante décadas los colombianos hemos heredado memorias distintas de una misma violencia. El campesino desplazado por la guerrilla recuerda una Colombia. La familia que perdió a alguien a manos de los paramilitares recuerda otra. El soldado, el secuestrado, la madre de un desaparecido, el sindicalista amenazado, el ganadero extorsionado, el adolescente reclutado, el indígena expulsado de su territorio: cada uno lleva una parte del país en el cuerpo.

Tal vez ese sea uno de los «para qué» de la poesía en tiempos de guerra: devolverle al otro aquello que la violencia necesita quitarle primero para ejercer su poder sobre él: su historia, su memoria, su cuerpo, su identidad.

Nadie existe solamente en el presente. Somos también aquello que recordamos: la casa donde crecimos, lo que nuestros padres nos contaron, los muertos que nom-

bramos, los miedos que aprendimos, las injusticias que vimos o vivimos.

Nuestra es la memoria y habita el cuerpo. Nuestro el oído que escucha la memoria colectiva del país.

Por eso, cuando nos negamos a comprender la versión del otro, no estamos simplemente discutiendo una interpretación de una historia. Estamos negando una parte de aquello que constituye a esa persona.

Decirle a alguien que lo que vivió no ocurrió, que su muerto importa menos o que su recuerdo es propaganda, por desconocimiento o, peor aún, porque no coincide con nuestra posición política, es decirle: la memoria desde la cual construiste tu vida no tiene lugar en nuestro relato común.

Cuando para defender a la derecha se niegan o justifican otras violencias.

Cuando para defender a la izquierda se disminuyen los crímenes de la guerrilla.

Cuando unas víctimas nos resultan más cómodas que otras.

Entonces ya no estamos construyendo una memoria histórica. Estamos decidiendo quién tiene derecho al recuerdo. Es pedirle al otro que abandone su propia historia, y ese reclamo en sí mismo es un acto violento.

En Colombia, izquierda y derecha han dejado de ser solamente posiciones políticas y comienzan a convertirse en identidades desde las cuales juzgamos al otro antes de escucharlo. Las palabras guerrillero, paraco, oligarca, comunista, uribista, petrista dejaron de describir y ahora sustituyen a la persona.

Ya no tenemos delante a alguien con una experiencia particular del país.

Tenemos a «uno de ellos».

Construimos una narración donde nosotros somos los justos y el otro es el villano.

La imaginación, la misma facultad que le permite al poeta entrar en una vida distinta de la suya, puede convertirse también en una sustitución de la realidad.

Buena parte de la política trabaja precisamente sobre esa capacidad humana. Los partidos no nos ofrecen solamente programas: nos ofrecen personajes que podemos representar. El oprimido. El resistente. El patriota. El perseguido. El defensor del orden. El revolucionario.

Nos ofrecen una identidad antes de ofrecernos una solución. A veces no nos afiliamos a una historia por haberla vivido, sino por haberla imaginado.

Hay personas que han vivido durante décadas en relativa seguridad, en las grandes ciudades o en otros países, lejos de los territorios donde la guerra tuvo cuerpo, secuestro, reclutamiento, desplazamiento o muerte, y que sin embargo se incorporan emocionalmente a uno de los bandos como si aquella historia fuera enteramente propia.

No intento aquí negar a nadie el derecho a asumir una posición política. Se trata de preguntarnos algo anterior: desde qué experiencia, memoria o realidad construimos esa posición. Cómo podemos ubicar nuestra propia realidad antes de adherirnos a las verdades políticas de otros.

Preguntarnos:

- ¿Qué he vivido realmente?
- ¿Qué conozco porque ocurrió en mi cuerpo, en mi familia, en mi ciudad?
- ¿Qué he estudiado y qué he heredado?

- ¿Y qué parte de mi convicción proviene de una historia construida para que yo me reconozca dentro de ella?

Hacernos estas preguntas no significa que la experiencia personal sea la única verdad ni que debamos desconfiar de toda causa colectiva. Significa admitir que Colombia no cabe en una sola memoria y que ninguna reconciliación puede construirse obligando a una parte del país a olvidar para que la otra pueda sentirse inocente.

Y es precisamente en ese acto de violencia, que es imaginarle una identidad al otro, donde la poesía puede cumplir una función política.

Como escritores podemos leer y aprender de poetas como María Mercedes Carranza, pero la escritura no consiste en repetir una tradición, sino en reconocer que cada época exige su propio testimonio.

La poesía no se hereda como una consigna, sino que se descubre en la forma en que nuestra vida ha sido tocada por la historia. En tiempos violentos, la poesía sirve para nombrar desde dentro: desde la memoria que habita el cuerpo, desde la ciudad o el campo que nos ha formado, desde las pérdidas, los miedos y las formas concretas en que la violencia colombiana nos ha atravesado.

No se trata de hablar en nombre de todos, ni de adherirse a una identidad prestada, sino de asumir la responsabilidad de una voz situada: la de quien escribe desde su propio tiempo y país. Y tal vez, a través de ella, recuperar un rostro: el nuestro.

Laura Itzel Domart

Taller de escritura con Juan Manuel Roca

Nombrar la barbarie

Hannah Arendt describe el sino de nuestra era: la banalidad del mal. Es el ser humano común y corriente capaz de infligir dolor al otro. No es el militar —entrenado para la guerra— el único competente para causar la muerte ajena: somos todos los seres humanos sobre esta tierra.

La banalización del mal nos atraviesa en el mayor logro de esta era: la tecnología. Sea la bomba atómica, sea la sistematización de la muerte en los campos de concentración, sean los nuevos drones lanzados en este preciso instante en algún lugar del mundo. El poder de matar reducido a un mecanismo de notas numéricas o al acto mismo de apretar un botón.

Pareciera que estamos condenados al extravío: la guerra cada vez más cerca de cada cuerpo. La guerra que vemos en transmisión en vivo como si de un reality show se tratara. Consumidores de cuerpos muertos por segundo, normalizadores del dolor ajeno, dirán los fatalistas. El espejismo adelante es la condena infranqueable, el mundo directo al abismo.

Sin embargo, como en toda época, existe la contraparte: la resistencia a banalizar el mal. Quizá, a embutirnos en ese mal. En plena Segunda Guerra Mundial existió Terezín: ese desvencijado campo de concentración en la República Checa en el que cuerpos famélicos decidieron hacer poesía. Eligieron vivir para la muerte: Eros y Thanatos.

Simone Weil recuerda que las causas de las guerras estriban en que «cada hombre, cada grupo humano se siente legitimado como poseedor y dueño del universo». Pero advierte el malentendido, pues se ignora que el acceso a la guerra «—en la medida en que le es posible al hombre en la tierra— pasa, para cada cual, por su propio cuerpo. Alejandro es a un labrador lo que don Juan a un marido feliz. Guerra. Mantener intacto en sí el amor a la vida; no infligir nunca la muerte sin antes aceptarla para uno mismo».

En este sentido, es posible que en nuestra era hayamos olvidado el valor de la guerra en sí al apelar a la destrucción del otro en aras de mantenernos intactos; es decir, sin aceptar el acto ritual de quien combate por su vida. Sin embargo, repito, está la resistencia: vivir para morir, vivir antes de morir, como una especie de último duelo.

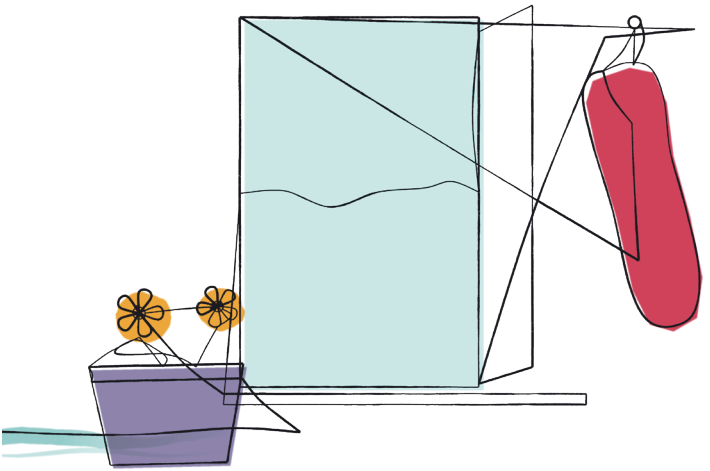
Es así que, desde el arte, sea la poesía o cualquier otro, se hace frente a la barbarie a través de nombrarla. Se enuncia la barbarie de múltiples modos, incluso sin nombrarla en su desnudez. En algunos poemas apenas se dice y, sin embargo, se siente la negra noche del alma o como la leche que se bebe al mediodía. Se siente, justo, como las tumbas que cavan los personajes de Paul Celan en «Fuga de muerte». El poeta dándole la cara a Theodor Adorno, pues hizo poesía después de

Auschwitz, del mismo modo en que un poeta que aún no conocemos escribe —dolorosa y desesperadamente— sobre Palestina.

Referencias

Arendt, H. (2008). Eichmann en Jerusalén (C. Ribalta, trad.). DeBolsillo.

Weil, S. (1994). La gravedad y la gracia (C. Ortega, trad., introd. y notas). Trotta.





Para cerrar

En Barbosa, un señor de sombrero le dijo a una muchacha que perseguía su chancla río abajo: «El río no devuelve, solo se lleva».

Se equivocó. La chancla apareció días después, colgada en una ventana, y hoy tiene más seguidores que muchos poetas.

De ahí sale el título de este libro. Y también su terquedad.

Aquí escribieron niños de tercero y adultos que viven en Alemania. Escribieron sobre brujas, abuelos, trenes, terremotos y guerras. Todos hicieron lo mismo que la muchacha: correr detrás de lo que el agua se llevaba.

No todos lo alcanzaron. Pero lo escribieron, y eso ya no se lo lleva nadie.

Nos vemos en la duodécima.

Los talleristas

John Fitzgerald Torres

(Bogotá, 1964). Escribe para niños y jóvenes. Estudió Literatura y Lingüística en la Universidad Distrital y tiene una maestría en Literatura de la Universidad Javeriana. Ganó El Barco de Vapor con *Por favor, ¡no leas este libro!* y el Premio Norma OEI 2019 con *Lo que una vez hicieron los alienígenas*, que firmó como Liu Liu. En ARTBOL dictó el taller de literatura infantil y juvenil.

Juan Manuel Roca

(Medellín, 1946). Poeta, ensayista y periodista. Tiene más de sesenta títulos entre poesía, ensayo, antologías y traducciones, entre ellos *Luna de ciegos*, *Los cinco entierros de Pessoa* y *Pasaporte del apátrida*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Casa de América de Poesía Americana y el José Lezama Lima. En 2021 recibió el Premio Vida y Obra de Bogotá. En ARTBOL dirigió El Espantapárrafos y los talleres de poesía.

Manuel Pachón

Poeta, narrador, artista plástico y educador. Es licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Pedagógica Nacional y magíster en Literatura de la Universidad

Javeriana. Ha publicado, entre otros, *Rastro de alas*, *Manual de seducción* y *Surubu Loma* (poesía), *Incitación a la lectura* (ensayo), *Vitrales* y el disco *BOLeros*. Ha dirigido talleres de creación literaria para la Casa de Poesía Silva, el Ministerio de Educación y la Asociación Colombiana de Universidades, en lugares como Apartadó, Quibdó, Tumaco, Leticia y Puerto Nariño. En ARTBOL acompañó a Juan Manuel Roca en El Espantapárrafos.

Natalia Morales Herrera

(Fusagasugá). Actriz y directora de teatro. Estudió Montaje Cinematográfico en la ENERC, en Argentina. Se formó como actriz en la Casa del Teatro Nacional, en Bogotá, con Rubén Di Pietro, Vilma Sánchez y Andrea Castaño. En Argentina escribió y produjo la obra *Ciclodiética*, trabajó en producción en MTV e hizo dos temporadas de *Afrolatinoamericanas*, dirigida por la cubana Alejandra Egido, con gira por Cuba, República Dominicana y el interior argentino. Fue coordinadora de cultura de la Universidad de Cundinamarca. En 2014 fundó el Festival Internacional de Cine de Fusagasugá, FICFUSA, que dirige desde entonces. En ARTBOL creó Voces de Fuego.

Este libro se terminó de imprimir en la ciudad
de Bogotá, en el mes de noviembre de 2026.
Para su composición, fueron empleadas
las fuentes Viga y ThrohandInk de 14,5 y
Chaparral Pro de 12 puntos para el cuerpo.